

POR QUÉ TE ESPERO...

Este es el tiempo de la espera. Espera María, tras decir: «Hágase». Espera José, confiando en el Dios de los sueños. Esperan los magos, ya en camino tras una estrella. Espera, con miedo, Herodes, atrincherado en sus muros. Esperan los pastores, que no tienen nada que perder. Esperaron los hombres y mujeres de ayer, y esperamos los de hoy. Que vengas. Que toques nuestra vida. Que llenes el mundo.

Maranatha, maranatha
que tu pueblo gime
que te espera ya
que tu pueblo gime,
que te espera ya...



Sí, Señor, lo digo de verdad. No como una frase hecha, sino de veras. Espero, con impaciencia, con anhelo, con la inquietud de quien sabe que algo grande está en camino, y con la incertidumbre de no saber muy bien cuándo o cómo llegará. Con la ilusión con la que de niño esperaba los regalos de la noche de Reyes. Con el nerviosismo con que alguna vez he esperado que saliera una nota. O con la confianza de quien sabe que no le van a fallar... todo eso se mezcla en esta esperanza de Ti. Pero el caso es que espero tu venida, tu presencia, a mi vida, a nuestro mundo, a la gente... Y que lo espero significa también que lo deseo, Señor. Quiero que te hagas muy presente. Quiero que habites entre nosotros. Quiero que plantes tu tienda en cada uno, que vuelvas fértil nuestra tierra. Que ensanches los corazones y que llenes de luz los ojos... porque sé que, si eso ocurre, todo será mejor.

Cuando llegas

Llegas,
acampas en mi tierra,
sacudes mis cimientos,
rompes mis fronteras,
abres mis encierros.

Llegas,
y avivas
el hambre de Dios,
de verdad, de hermano,
de justicia,
de vida.

Llegas
y sanas
heridas añejas
y tristezas nuevas

Llegas,
amas
mi pobreza,
mi ayer entero,
el ahora en su calma
y su tormenta,
el mañana posible.

Llegas
y conviertes
el sollozo en fiesta
la muralla en puerta
la nada en poema.

Llegas
cargado de Ti, y de otros...
Palabra con mil promesas
humanas, eternas...

Llegas,
despiertas el amor dormido
y te quedas

PORQUE SÉ QUE ME QUIERES.

“No temas, que yo te he elegido, te he llamado por tu nombre, eres mío... y te quiero” (Is 44)

Y cuando lo siento de veras eso me hace capaz, valiente, audaz, fuerte. Porque Tú no exiges, ni condicionas tu amor. Porque no negocias para cambiarme. Porque no vienes con un juicio o requisitos por delante. Tú, que me conoces bien, me aceptas y me abrazas, a tu manera. Y cuando soy consciente de eso, entonces todo lo puedo, contigo.



Para encontrarte saldré
del amor que me encierra
del querer que me aísla
del interés que me ciega

PORQUE, A TU MANERA, EL MUNDO SE VE DISTINTO

“Le preguntaron: «Maestro, ¿dónde vives». Respondió: «¡Venid y lo veréis!»” (Jn 1,39)

Y distinto quiere decir mejor. Porque Tú me enseñas a ver en el otro a un hermano, y no a un extraño. Porque Tú me convences de que es posible el perdón, y la reconciliación, me muestras que podemos ser compasivos. Me enseñas a mirar con ojos sencillos, a dejarme de tonterías, a valorar las pequeñas y grandes historias.

Si solo busco tu Reino
y tu justicia
qué me puede faltar,
qué me puede faltar

PORQUE TRAES UNA MALETA LLENA DE MOTIVOS.

“Bienaventurados los pobres de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5)

Motivos para amar, para luchar, para creer, para dudar, para crecer, para arriesgar. Motivos para salir de los espacios minúsculos en que a veces me encierro, y para abrir los brazos y los ojos al mundo ancho. Motivos para intentar comprender a los demás. Motivos para elegir un camino, sin quedarme atascado en el quererlo todo. Motivos para la alegría auténtica, esa que acepta la vida en su complejidad y su historia.

PORQUE ME ACERCAS A OTROS

“Permaneced en mi amor” (Jn 15,9)

Sí, Señor. Tú no me aíslas, ni te conviertes en un muro que separe, sino al contrario. Contigo me siento más cerca de tanta gente... de quienes compartimos la fe. De quienes, juntos, peleamos por la bienaventuranza. De los que, heridos, esperan respuestas. De los que, equivocados, retomamos el camino de regreso a casa, donde siempre esperas.

TE VEO Y NO TE VEO

Cuando no te veo, te añoro y te busco. Pregunto por las calles, intento adivinar tu rostro en fragmentos de vidas ajenas en ojos que fugaces se me cruzan, en episodios brillantes, o en las grietas de cada historia. Pregunto al presente, quién es samaritano y quién te crucifica, a quién alzaste del suelo, quién aprendió, contigo, a soltar la piedra y extender la mano. Bebo las respuestas, con avidez. Y a veces te veo. Porque estás, a tu manera discreta, sin imponerte. Basta un instante de reconocimiento para encender, de nuevo, la mecha. ¡El amor auténtico! Ahí está la verdad.